

do, sino, antes bien, á probar que en todas épocas, y con más ó menos gloria, pero siempre con esfuerzos generosos y dignos de estudio y gratitud, hemos llevado nuestra piedra al edificio de la ciencia universal, he creído necesario mostrar el enlace estrecho que nuestra cultura estética tiene con las ideas que sobre la misma materia han dominado en cada uno de los períodos de la historia general de la filosofía. Por eso el primer período, cuya historia publico, lleva una larga introducción sobre las doctrinas estéticas entre los antiguos griegos y latinos, y entre los filósofos cristianos. Quizá resulten demasiado extensos tales prolegómenos; pero los tengo por indispensables, y puedo decir que he excluído de ellos cuidadosamente todo lo que es de pura curiosidad, ó lo que no ha influído directamente en España. Ostentar erudición en tal materia, fuera cosa fácil; pero yo he tratado más bien de disimular la poca que tengo, y de hacer, sobre todo, un libro útil.

M. MENÁNDEZ Y PELAYO.

Julio de 1883.



INTRODUCCIÓN

DE LAS IDEAS ESTÉTICAS

ENTRE LOS ANTIGUOS GRIEGOS Y LATINOS,
Y ENTRE LOS FILÓSOFOS CRISTIANOS.

I.

DOCTRINA ESTÉTICA DE PLATÓN.



CUENTA Xenophonte ateniense, en el capítulo x, lib. III de sus *Recuerdos socráticos*, que Sócrates, hijo de Sofronisco, preguntó un día al pintor Parrasio:

—¿Crees que la pintura es representación de cosas visibles por medio de colores? Yo veo que cuando vosotros, los artífices, imitáis una forma hermosa, como no es posible hallar un hombre perfecto en todas sus partes, elegís de cada uno lo que más bello os parece, y formáis así un cuerpo hermosísimo.

—Verdad dices,—le contestó Parrasio.

—¿Y no imitáis también un alma cariñosa,

dulcísima y amable, ó por ventura esta alma no es susceptible de imitación?

—¿Y cómo ha de ser imitable ¡oh Sócrates! lo que no tiene proporción ni color, ni en modo alguno es visible?

—¿Y no acontece que el hombre mira de un modo dulce ó amistoso á otros hombres?

—Así me lo parece.

—Luego esto podrá expresarse con los ojos.

—Sí, por cierto.

—Luego también pueden representarse los afectos del ánimo.

—Indudablemente,—dijo Parrasio.

Otro día fué Sócrates al taller del escultor Critón, y tuvo con él este diálogo:

—Veo, Critón, cuán bellos son los corredores, luchadores, púgiles y atletas que tú produces; pero ¿cómo llegas á darles vida?

Dudó un poco Critón antes de responder, y Sócrates acudió á darle la mano, diciendo:

—¿Lo haces por la imitación de formas vivas?

—Sí, por cierto.

—¿Luego podrás también expresar y hacer visibles las cosas que, por medio del gesto y de la mirada, se manifiestan en los cuerpos?

—Verdaderamente que sí.

—Luego la escultura debe reproducir, por medio de la forma, los afectos del alma, de tal modo que los hombres parezcan vivos.

Por primera vez proclamaba en estos diálogos el moralista más popular de la antigüedad el valor de la *expresión moral* en el arte; pero al

mismo tiempo su odio á las especulaciones ontológicas le hacía encerrar el concepto de la belleza en una forma estrictamente relativa, que toca los linderos del concepto de utilidad. Así podemos aprenderlo en el cap. VIII del mismo libro, donde Sócrates discurre con Aristipo sobre la noción de hermosura.

—¿Qué es la hermosura?—le pregunta Aristipo.

—Muchas cosas,—responde Sócrates.

—¿Pero son cosas semejantes entre sí?

—Algunas muy desemejantes.

—¿Y cómo puede ser hermoso lo que difiere tanto de lo hermoso?

—Llamo hermoso y bueno todo lo que es acomodado á su fin.

—¿Dices, pues, que una misma cosa puede ser bella y fea?

—Sí que lo digo, y añado que puede ser á un tiempo buena y mala. Lo que es bueno para el hambre es malo para la fiebre; lo que es hermoso en la carrera resulta feo en la palestra, y, al contrario, porque todo es bueno y hermoso en cuanto sirve á su fin, feo y torpe en cuanto no sirve. Y así vemos que la casa que es buena para el invierno es mala para el verano.

En el cap. VI, lib. IV del citado libro, Sócrates, en diálogo con Eutrapelo, vuelve á encerrarse en el mismo estrecho y relativo empirismo, llamando bello á lo que es bueno para el objeto á que se destina. Así, aún no nacida la ciencia estética, se iniciaba ya la funesta intrusión del concepto de utilidad en los dominios de lo bello.

Semejante invasión venía á herir de plano el armonioso conjunto de las ideas helénicas respecto de la hermosura, ideas que no estaban escritas, pero que animaban y fomentaban secreta y cariñosamente toda obra de ingenio, porque en las razas privilegiadas y próceres en cuanto al sentimiento artístico, una estética latente, pero real y armónica, antecede al desarrollo especulativo de la filosofía de lo bello. Que la belleza tenía por sí un valor propio, real y sustantivo, independiente de cualquiera relación extrínseca, llámese *utilidad* ó de otro modo, bien lo mostró el padre Homero, haciendo caer á Ulises de rodillas ante Nausicaa, porque nunca los ojos del sabio Ithacense habían visto otra belleza igual, ni de varón ni de mujer. Y de un modo semejante, los ancianos de Troya daban por bien empleadas las fatigas de la guerra, que les consentía tener dentro de sus muros á aquella mujer cuya belleza igualaba á la de los eternos dioses.

Presentaron Homero ó los poetas homéricos, sin auxilio de teorías, y como por intuición semi-divina, el dechado más perfecto y ejemplar de arte que han podido contemplar entendimientos humanos, y sus procederes técnicos se perpetuaron entre los aedos y los rapsódas, que constituyeron á la larga escuelas y certámenes públicos, en que la ingenuidad de la primitiva inspiración hubo de perderse, sobreponiéndose á todo los artificios de la profesión literaria, templados, no obstante, en aquella remotísima época, por la rudeza de las costumbres, y en aquella raza feliz,

por el equilibrio casi perfecto de las facultades estéticas.

Así se fué educando lentamente una generación literaria más reflexiva y estudiosa, engendradora, á la larga, de gramáticos y de sofistas. La tradición literaria y el buen gusto individual bastaron á guiar á los críticos ó *diaskevastas*, que, en la era de los Pisistrátidas, ordenaron en un haz las rapsodias homéricas y fijaron su texto. Al mismo período, que pudiéramos llamar *espontáneo*, de la crítica literaria, pertenecen los fallos de los jueces de los concursos dramáticos de Atenas, la oposición de Solón al teatro por considerarle una nueva falsedad propia para pervertir á los ciudadanos, el elemento crítico que se insinúa en la tragedia ateniense (juntamente con el abuso de recursos patéticos y de ingeniosos efectos teatrales), haciendo, por boca de Eurípides ¹, la censura y aun la parodia de la ruda naturalidad del viejo Esquilo; y la protesta que, en nombre del arte tradicional, patriótico y semireligioso, formula la *comedia antigua*, dechado de lo cómico ideal y fantástico, en *Las Ranas* y en *Las Tesmoforias*.

Gran cúmulo de observaciones técnicas debió de recogerse también en los primitivos tratados sobre la música, en los ensayos de los gramáticos y sofistas (Córax, Tisias, Gorgias), para sistematizar la filosofía del lenguaje y las reglas de la retórica, y quizá en los libros

¹ Léase, v. gr., la *Electra*.

perdidos del abderitano Demócrito, que escribió, según refiere Diógenes Laercio, *del ritmo y de la armonía, de la música, de la belleza de los versos, etc.*, etc. Con todo eso, los sofistas más bien que los filósofos, analizando por primera vez las condiciones estéticas del lenguaje, echaron las bases de una teoría de la elocuencia, no alterada en lo sustancial ni por el mismo Aristóteles; debiendo añadirse que ellos educaron la prosa griega y le dieron su ritmo propio, distinto del de los versos, y que si á los principios afectó pompa monótona y simétrica, harto más ingrata que los candorosos *anacolutos* de los primitivos *logógrafos*, trocóse luego en instrumento fácil y armonioso de la divina filosofía de Platón y de la austera palabra de Demóstenes.

Viniendo después de la tendencia, en todo relativa ó más bien escéptica, de los sofistas, no son de maravillar las proposiciones de Sócrates que antes trasladamos, conforme al verídico testimonio de Xenophonte, el cual, por ser de naturaleza mucho menos propensa á la metafísica que los demás discípulos suyos, reprodujo también con rasgos menos idealizados la figura del pensador popular, psicólogo y moralista.

Pero dentro de la misma escuela socrática comenzaba á educarse y á despertar la tendencia contraria, que, apartando la vista de lo fenomenal y limitado, busca en región más alta el principio generador de la belleza, así en las obras de la naturaleza como en las del arte. Fué intérprete de esta tendencia y (por decirlo así) hierofante y

revelador de los misterios de la hermosura á los mortales, el filósofo más digno de declararlos, varón naturalmente *estético*, amado más que otro alguno por la Venus Urania, y en quien toda idea y abstracción de la mente se vistió con los hermosos colores del mito y de la fantasía, templados por una suavísima tinta de ática ironía, fácil y graciosa.

Fué la filosofía de este sabio filósofo de amor, como él mismo la define. *Yo nada sé, fuera de una exigua disciplina de amor*, dice en el *Theages*¹, y quería dar á entender con esto que su enseñanza no era dogmatismo estéril y cerrado, sino que se fundaba en la simpatía entre maestro y discípulo; fusión íntima, secreta, misteriosa y divina, única que puede hacer fecunda la transmisión de las ideas, de tal modo que éstas no caigan en el alma del oyente como en tierra ingrata á los afanes del cultivador.

Ni tampoco se enderezaba esta doctrina platónica á henchir de vanagloria el ánimo del alumno, sino á producir en él la templanza ó *sophrosyne*, unida á la justicia, según leemos en el diálogo de *Los Amantes*².

A causa de esta forma libre y amplia de expo-

¹ Diálogo de autenticidad dudosa, negada por Schleiermacher, Ast, Hermann y Stallbaum. (Vid. pág. 99, ed. Didot, *Hirchisg recensuit*, París, 1873, que es la que seguiremos siempre.)

² Rechazado como apócrifo por Schleiermacher, Ast, Socher, Stallbaum y Victor Cousin, y puesto ya en duda por Trasylo.

sición, no puede decirse que la doctrina platónica (aquí nos limitamos á la que especula sobre el amor, la hermosura y las bellas artes) se encuentre compendiada en un solo diálogo, sino derramada en muchos y muy desemejantes, y animando oculta é interiormente los demás. Recorrerlos todos es imposible; pero conviene analizar los más señalados, porque nada ha influído de un modo tan directo y eficaz en todos los idealismos posteriores; y aunque el idealismo ande hoy decadente, nunca deja de ser la mitad, por lo menos, de la especulación científica.

Volví triunfante el rapsóda *Ion*¹ de los juegos de Epidauro, cuando se le hizo enconradizo Sócrates, y quiso persuadirle que no era el arte quien guiaba al rapsóda, sino cierta fuerza divina que le mueve, al modo que el imán atrae los anillos de hierro. Así arrebató el divino instinto á los poetas, y son admirables los épicos, no por el arte, sino por este aliento sagrado, y lo mismo los *mélicos* (ó líricos), que, arrebatados de un furor análogo al de los Corybantes, se empapan en la armonía y en el ritmo, y salen de seso como las Bacantes, que se imaginan beber en los ríos leche y miel. Porque el poeta es cosa leve, alada y sagrada, que trae sus cantos de los huertos y de los verjeles de las musas, y no puede poetizar sino cuando está lleno del dios y arrobado. Un dios saca de seso á los poetas y los convierte en orácu-

¹ Niegan la autenticidad del *Ion*, Ast y Schleiermacher, pero la admiten Stallbaum y Hermann. (Pág. 391, edición Didot.)

los y adivinos suyos. No hemos de creer, pues, que hablan ellos, sino que habla el dios por su boca.

Á esta teoría de la inconsciencia artística acompaña en el *Ion* otra, muy digna de notarse, sobre las relaciones entre el artista y el público. El espectador es el último anillo de una cadena, cuyos eslabones se enlazan por su virtud atractiva, semejante á la de la piedra imán, siendo el anillo medio el rapsóda ó el *mimo*, y el anillo primero el poeta, por ministerio del cual lleva el dios los ánimos de los hombres adonde le place.

El arte empírico y utilitario que los sofistas llamaban Retórica, ha sido discutido por Platón en uno de sus diálogos más extensos y famosos, el *Gorgias*¹. Pregunta Sócrates á Gorgias qué idea tiene de la Retórica, y contesta él que versa sobre las palabras, *περὶ λόγους*, en las cuales consiste toda la virtud y eficacia oratorias.

—¿Y qué palabras son esas?—continúa interrogando Sócrates.

—Las mayores y más excelentes.

—¿Y en qué consiste su excelencia?

—En llegar los hombres, por medio de ellas, á dominar en su ciudad, á persuadir con palabras á los jueces en el tribunal, á los senadores en la asamblea, á los congregados en el ágora.

—Luego la Retórica es arte de persuasión (objeta Sócrates); pero también hay otras artes que

¹ Interlocutores: Sócrates, Cherephón, Gorgias y Polo, reunidos en casa de Calicles, después de una lección de Gorgias.

persuaden : variarán, pues, en el modo de la persuasión y en la materia de ella. ¿Sobre qué versa la persuasión retórica?

—Sobre lo justo y lo injusto,—responde Gorgias.

—Pero no hay ciencia alguna que sea á un tiempo verdadera y falsa: habrá, pues, dos maneras de persuasión, una fundada en doctrina, y otra que carece de ella.

Aquí Gorgias, en vez de contestar directamente á la objeción socrática, pondera en gárrulas frases la utilidad de la Retórica, con tal que se haga buen uso de ella y no se la infame, porque entonces será lícito aborrecer, mandar al destierro y aun matar al que abuse de la elocuencia, pero no á su maestro.

Sócrates obliga á Gorgias á declarar que no atañe al retórico conocer las cosas mismas, tales como son en sí, y que le basta tener cierto arte para persuadírselas á los ignorantes.

—Pero á lo menos deberá conocer lo que es bueno ó malo, hermoso ó feo, justo ó injusto, antes de llegar al aula del maestro de Retórica, ó deberá éste enseñárselo,—objeta Sócrates.

—Así es,—dice Gorgias.

—Luego el que aprende lo justo, será justo.

—Concedido.

—Y obrará la justicia y no hará injuria á nadie. Luego forzoso es que el retórico sea justo, y entonces, ¿cómo ha de ser posible que nadie use injustamente de la Retórica, como tú decías, ¡oh Gorgias?

Aquí interviene otro sofista agrigentino llamado Polo, y pregunta á Sócrates:

—¿Qué arte juzgas tú que es la Retórica?

—Ninguna, á decir verdad, sino cierta *práctica*.

—¿Y *práctica* de qué?

—De producir gracia y placer, no de otro modo que el arte de cocina y la sofística y el arte cosmética, partes una y otra de un estudio nada bello ni honesto, fundado en la *adulación*. La retórica es un simulacro ó ídolo de la ciencia política, y, por tanto, cosa torpe, como lo es el arte *opsónica*, simulacro de la medicina, y la cosmética, que simula la verdadera hermosura corporal, que se adquiere sólo por la gimnástica. Y es fundamento de todas estas artes la *adulación*, porque sólo tiran á halagar el gusto y no se fundan en razón: así la sofística remeda á la *nomotética* ó arte de legislar, y la Retórica á la *dicástica* ó arte de justicia.

Replica groseramente Polo que los retóricos ejercen en las ciudades igual poder que los tiranos, matando á quien quieren, despojándole de su patrimonio y arrojándole de la ciudad.

—Ni los tiranos ni los retóricos hacen lo que quieren (contesta Sócrates): hacen solamente lo que les parece bien, y éste de ninguna manera ha de tenerse por gran poder, puesto que le posee un loco.

Y aquí, por medio de una digresión ética, fundada lógicamente en el optimismo socrático, Platón distingue el fin y el medio de la acción humana. El fin es siempre el bien, y nadie que

esté en su juicio tiende al mal. De los medios se escoge el que pueda acomodarse y proporcionarse el fin. No hace el hombre el mal por voluntad propia, sino por ignorancia de la relación que hay entre los medios y el fin.... Las ideas favoritas de Sócrates : que la virtud es una ciencia , y que el criminal tiene derecho á la pena , animan esta parte del diálogo , que sólo en apariencia se desvía del objeto principal , defendiendo la idea de justicia y la pura noción del sumo bien contra los sofistas , que tienen por suprema felicidad la tiranía. Si el malo es siempre desdichado , lo es todavía más cuando no paga la pena de su injusticia : él mismo debe confesarla y ofrecerse al castigo , aunque le pongan en tormento , aunque le saquen los ojos , aunque vea el suplicio de su mujer y de sus hijos , aunque le crucifiquen , ó le quemem vivo , ó le sumerjan en pez hirviendo , porque así será mucho más feliz que si en su ciudad usurpase la tiranía , y viviese á su capricho , de tal manera que le envidiasen todos los ciudadanos y los extraños.

Niega Polo la identidad entre lo bello y lo bueno , lo malo y lo feo. Y Sócrates le responde:

—Cuando llamas hermosos los cuerpos , las figuras , los colores , las voces , los estudios , no lo haces refiriéndolos á la utilidad ó al placer que producen en los espectadores. Y lo mismo ha de juzgarse de las artes y disciplinas. Lo bello se define por el deleite y por el bien; lo feo , que es su contrario , por el dolor y por el mal. Luego , el que castiga justamente y el que es justamente casti-

gado , hacen y producen cosa bella , buena , expiatoria , y que limpia el ánimo de la depravación.

De todo esto deduce Sócrates que la Retórica es arte inútil y nociva , como no nos valgamos de ella para acusarnos á nosotros mismos y á nuestros deudos y amigos , cuando hayamos ó hayan ellos cometido algún crimen , y para descubrirle y sacarle á luz , hasta que , siendo castigados , nos libremos , ellos ó nosotros , de nuestra maldad y error de ánimo , y sin temor ni vacilación nos entreguemos , con los ojos cerrados , al tormento , al destierro , á la muerte , como quien se entrega al médico , para que con el hierro y el fuego le cure.

Tales sublimidades morales no aquietan á los sofistas , y Calicles comienza á defender la teoría del placer , la ley del más fuerte y los instintos de la naturaleza sensible , contra la ley moral y la ley escrita. La naturaleza nos muestra que los más fuertes y robustos deben poseer y gozar más que los débiles é inferiores. La ley es un fingimiento y una convención ; la filosofía , entretenimiento de niños , vano y ridículo para hombres hechos.

Entonces prueba Sócrates que no se ha de confundir el deleite con el bien , por ser el deleite cosa relativa que va mezclada siempre con el dolor de la privación ó necesidad moral sentida , al contrario del bien , que es , por su esencia misma , absoluto. El placer es común á todos , y el bien no , ni el bien se mide por la intensidad y la duración del deleite , y cuando se habla de deleites conformes al bien , es el bien mismo quien se

convierte en regla de vida. No se ha de buscar el bien por el deleite, sino el deleite por el bien.

Artes adulatorias del deleite, lo mismo que la Retórica, son la *didascalía* de los coros, y la poesía ditirámbica, y aún la misma tragedia, que se dirige principalmente á halagar el gusto de los espectadores. La poesía es una manera de retórica; la retórica popular una especie de poesía desligada de la forma métrica.

Pueden darse, con todo eso, dos maneras de oradores: unos que miran en sus discursos á la utilidad de los ciudadanos, y procuran que se hagan mejores con sus palabras, y otros que quieren engañar al pueblo con halagos, como á los niños. El arte de los primeros es adulatorio y torpe; el de los segundos hermoso y bueno, como lo es siempre el decir la verdad, agrade ó no á los oyentes. Pero de este género de oradores que hayan hecho más buenos á los atenienses, aún no hemos visto ninguno, ni lo fueron Cimón, Milciades ni Pericles.

Pero la Retórica de tal varón, dado que alguna vez exista, será arte, porque mirará á algún término, es decir, al bien, y conforme á él ordenará su obra, ó le dará cierta forma ajustada al orden, y así será arte, porque *el arte es orden y ornato*; y de esta manera, el orador artificioso y bueno ahuyentará del ánimo de sus conciudadanos la injusticia y la destemplanza, y hará que reinen en ellos templanza y justicia, porque el alma que tiene su propio ornato es mejor que la que carece de él. Este ornato es la templanza y la *sophrosy-*

ne, á seguir y ejercitar la cual debemos enderezar todos nuestros esfuerzos, apartándonos por igual razón de la intemperancia, para obtener la felicidad. Quien se deje arrastrar de las pasiones, no será querido ni de los hombres ni de los dioses, ni podrá vivir socialmente y en amistad; porque ya nos enseñaron los sabios antiguos que el cielo y la tierra y los dioses y los hombres estaban unidos por cierta sociedad y amistad (*philia*), por *ornato*, por *sophrosyne* y por justicia; de aquí que el mundo se llame *cosmos* y no *acosmos*; de aquí que valga tanto la armonía geométrica entre los hombres y los dioses.

Este es el punto culminante de la discusión, puesto que el divino filósofo proclama el valor absoluto y trascendente de la ley de armonía, de justicia, de orden; ley á la vez ontológica, ética y estética. No importa el vivir, sino el vivir conforme al orden; ni se ha de amar por sí misma la vida, sino dejar á Dios el cuidado de ella. Todo arte que tiende al deleite es arte servil; y todavía concede Platón á la sofística cierta ventaja sobre la Retórica, no de otra suerte que la nomotética se aventaja á la judiciaria y la gimnástica.

Para entender cómo, en el pensamiento de Platón, se concordaban la idea de la absoluta inconsciencia del artista, manifestada en el *Ion*, y el fin moral y purificador que asigna al arte en el *Gorgias*, y exagera luego, como veremos, en la *República* y en las *Leyes*, conviene penetrar más adelante en la teoría platónica, y preguntar á otros diálogos suyos lo que el filósofo pensaba

sobre el concepto de la belleza y sobre la noción del amor, inseparables en su mente del concepto del arte.

No es el *Hipias Mayor*¹, si sólo se le mira en la corteza, un diálogo dogmático, sino polémico, ó más bien *eurístico*, ni da al parecer solución alguna, aunque pone en camino de buscarla; pero lo cierto es que en el fondo de esta especie de comedia, donde ojos poco atentos sólo verán la vanidad burlada del sofista Hipias de Elea, «que con el estudio de la sabiduría ha acumulado más dinero que ninguno otro de los griegos,» yace el principio capital de la estética platónica (antítesis viva de los principios del Sócrates de Xenophonte); esto es, que la belleza es una *idea* ó realidad ontológica separada é independiente de las cosas bellas, y por cuya participación pueden llamarse bellas estas cosas («y todas las cosas hermosas por la hermosura son hermosas»).

Veamos ahora por qué hábiles procedimientos dialécticos de exclusión y de reducción al absurdo, y con qué mezcla de blanda ironía, llega el Sócrates platónico á esta conclusión, no tan implícita y latente como inducirían á creerlo las últimas palabras del diálogo.

Hipias ha leído en Esparta una oración sobre los *hermosos estudios*, y Sócrates le pregunta qué es lo bello, y si es algo como la justicia que hace justas las cosas, y la sabiduría que hace los sabios, y el bien las cosas buenas; porque si el bien, la

¹ Interlocutores: Sócrates y el sofista Hipias.

sabiduría y la justicia no existiesen, no habría cosas buenas, justas ni sabias. Hipias, con su ligereza de retórico, empieza confundiendo lo bello con las cosas bellas, v. gr., una mujer hermosa, un caballo hermoso.... «Y una hermosa olla fabricada por un buen alfarero,» añade Sócrates. Retrocede Hipias ante lo ridículo de la conclusión; pero Sócrates le enseña que la inferioridad sólo consiste en el género; y por eso (según parecer de Heráclito), el más hermoso de los monos resulta feo en cotejo con el género humano; pero lo mismo sucedería á la más hermosa de las mujeres y al más sabio de los hombres, si se los comparase con los eternos dioses. De aquí se inferiría que toda belleza es cosa relativa, no habiendo diferencia alguna entre lo bello y lo bello.

Abandonada su primera posición, busca Hipias nueva definición de la belleza, y concede que lo bello es lo que adorna ó decora las cosas bellas, y con su presencia las hermosea; v. gr., el oro.

—Luego fué rudísimo artífice Fidias (objeta Sócrates), que no hizo de oro, sino de marfil, los ojos, los piés y las manos de su Minerva.

—También es hermoso el marfil,—responde Hipias.

—Y entonces, ¿por qué no hizo de marfil, sino de mármol, las pupilas de los ojos?

Nueva definición de Hipias:

—Lo más hermoso es ser sano, rico, honrado entre los griegos hasta la extrema vejez, y ser enterrado magníficamente por sus hijos.

—Pero lo que buscamos (dice Sócrates), no es una belleza particular, sino aquello que hace hermosas todas las cosas en que reside: una piedra, un leño, un hombre, un dios, y toda acción y todo conocimiento: lo que es bello siempre y para todos. ¿Será la belleza el *decoro* ó conveniencia? Pero ¿qué es el *decoro*? ¿Lo que hace parecer bellas á las cosas, ó lo que las hace ser realmente bellas? Mas el que lo parezcan sin serlo es una falacia y un simulacro, y no puede ser lo bello que buscamos, independientemente de que las cosas lo parezcan ó no. Si el *decoro* y la belleza fuesen la misma cosa, no habría disputas entre los hombres sobre la belleza, porque parecerían bellas todas las cosas que realmente lo son.

Y Sócrates va proponiendo definiciones, y analizándolas y destruyéndolas. Todas ellas han sido profesadas y defendidas, andando el tiempo, y han servido de base á sistemas estéticos. ¿La belleza es lo útil? ¿Será, pues, bella la fuerza, fea la impotencia; bello lo que sirve para algún fin, feo lo que para nada sirve? ¿Pero llamaremos bella la potencia que se ordena al mal? De ningún modo. ¿Y la que se ordena al bien? Sí. Luego la belleza será la causa eficiente del bien; será como su madre; pero no será el bien mismo, sino que se distinguirá de él como la causa del efecto, y el hijo del padre.

¿Será la belleza lo que nos deleita por el oído y por la vista, v. gr., la hermosura humana, una estatua, un cuadro, el canto, la música, los dis-

ursos y conversaciones? Pero ¿cómo reducir á las impresiones de estos dos sentidos la belleza, y excluir á los restantes, que también, á su modo, deleitan con la comida, la bebida, el acto carnal, etc.? ¿Por ventura no son agradables estas cosas? Y sin embargo, ¿quién las llamará bellas, aunque las tenga por dulcísimas y suaves? Además, ¿llamamos bellas á las ciencias y á las leyes, porque se nos comunican mediante la vista y el oído, ó por otra razón? ¿Lo que es bello para el oído es bello para la vista, ó vice versa? De ningún modo. Luego la belleza de la vista será distinta de la belleza del oído, y para encontrar su naturaleza común, hemos de buscarla fuera de los sentidos, porque si no, la belleza de un sentido excluiría á la del otro. Algo de común tienen que las hace ser bellas: lo son por la esencia ideal que hay en ellas, de la cual esencia participan entrambas y cada una. Sócrates termina con el antiguo proverbio: «Todas las cosas bellas son difíciles.»

El conocimiento, posesión y goce de esta belleza perfecta, suprema é ideal, se logra por medio de la filosofía de amor, cuyos misterios están expuestos por el hijo de Aristón con estilo diti-rámbico y casi profético y sacerdotal en dos diálogos, que contienen lo más sublime y arcano de su filosofía, y que en la relación de arte no ceden á ninguno de los suyos: el *Fedro*¹ y el *Sympó-*

¹ *Fedro, ó del amor.*—Así le apellidó Trasyllo. Otros le llamaron *de lo bello, de la belleza primera ó de la belleza universal*, y algunos *de la retórica*.

sio, venero inagotable de conceptos para todos los teosófos y místicos posteriores.

Á orillas del Iliso, «á la sombra del plátano, sobre la blanda hierba, lugar acomodado para juegos de doncellas, santuario de las ninfas y del Aquelóo, donde espira fresco viento y resuena el estivo coro de las cigarras,» se sientan Sócrates y Fedro, á oír la lectura de un discurso de Lysias sobre el amor. Pero á Sócrates no le contentan ni la invención ni la disposición del elegante retórico. Él ha aprendido mejores cosas sobre el amor, «leyendo á los antiguos hombres y mujeres, especialmente á la hermosa Safo y á Anacreonte el sabio, y además le bullen en la mente mil ideas, que no sabe de dónde ni cómo le han venido.» Fedro le excita á declararlas.

Previa invocación á las Musas, comienza á explicar qué es el amor y cuál su fuerza. El amor es deseo. En cada cual de nosotros hay dos ideas dominantes é impelentes: un innato deseo de deleites y una *opinión* adquirida, que ambiciona lo mejor. Unas veces aparecen conformes estos impulsos, otras lidian entre sí. Cuando domina la opinión, llegamos á la templanza; cuando domina la concupiscencia irracional, su imperio se llama liviandad.

Al llegar á este punto, toma el discurso (*pali-nodia* le llama Sócrates, por ser en alabanza del amor, á quien antes había maltratado) un tono ditirámico, como nacido de inspiración de las ninfas. Las mejores obras humanas se hacen por cierto furor, manía ó delirio que los dioses nos

infunden. *Manía* es el arte que predice lo futuro, y de aquí se llamó *μαντική*. *Manía*, el arte expiatorio y propiciatorio que lava la mancha de antiguos crímenes, y *manía* también la inspiración poética que instruye á los venideros de los hazafiosos acaecimientos de los pasados. Quien sin este furor se acerque al umbral de las Musas, fiado en que el arte le hará poeta, verá frustrados sus anhelos, y comprenderá cuán inferior es su poesía, dictada por la prudencia, á la que procede del furor, concedido á nosotros por los dioses inmortales para nuestra mayor felicidad. También es manía el delirio erótico, el de la Venus Urania.

El alma es semejante á un carro alado, del cual tiran en dirección opuesta dos caballos dirigidos por un auriga moderador. Es condición de las alas elevar el alma á la esfera de lo divino, sabio y bueno, á la región de las ideas, adonde se encamina el carro del mismo Júpiter, y tras él todo el ejército de los dioses y de los demonios, dividido en once escuadrones. Los caballos de los dioses son excelentes, y con facilidad llegan al término; pero el carro de los hombres, por la fuerza del caballo partícipe de lo malo, tira hacia la tierra. Aquel lugar supraceleste, ningún poeta le alabó bastante, ni habrá quien dignamente le alabe. Porque la esencia existente, sin color, sin figura, sin tacto, sólo la puede contemplar el puro entendimiento. Allí reside la verdadera é inmaculada ciencia. Nutrido con ella el pensamiento divino, nutrido todo entendi-

miento en algún tiempo remoto, gozará, y se alegrará en la contemplación de *lo que es*, y verá, como en círculo, la justicia *en sí*, la templanza *en sí*, la ciencia *en sí*, la ciencia del ente, y cuando esto haya contemplado, atará el auriga sus caballos al pesebre y les dará á beber néctar y ambrosía, que tal es la vida de los dioses.

No llegan á tan pura contemplación los hombres, sino que bregan con sus caballos entre tumulto y sudor, y unos ruedan del carro, otros vacilan y tropiezan; ni alcanzan á descubrir, sino de lejos, los resplandores de la verdad, y entre tanto se nutren con el alimento de lo opinable, que les hace anhelar por descubrir el campo de lo real, donde brotan las hierbas que vigorizan el ánimo. Y es ley de la diosa Adrastea que el ánimo imitador de los dioses que logre alguna parte de la verdad, pase ileso á otro círculo y se trueque en filósofo amante de la hermosura, músico ó erótico, y quien alcance menos, en rey ó tirano. Los adivinos y profetas están en el quinto grado de la me-tempsícosis, y los poetas y demás artifices de imitación en el sexto. Sólo el conocimiento de la filosofía restituye al hombre sus alas y le hace recordar las ideas *que en otro tiempo vió* (doctrina de la reminiscencia), y despreciar las cosas que decimos que son, y volver los ojos á las que realmente son. El que se instruye en tales reminiscencias y sacrosantos misterios, se hace verdaderamente perfecto, se aparta de los míseros anhelos de los demás humanos, y atento á lo superior y divino, pasa por dementado á los ojos

de la multitud, la cual ignora que está lleno de espíritu divino. Y por eso cuando ve alguna hermosura terrena, acordándose de aquella verdadera hermosura, recobra sus alas y quiere volar; y como no puede hacerlo, y ama las cumbres y desprecia los valles, dicen las gentes que está loco, como si esta divina enajenación no fuese la sabiduría más excelente de todas. Toda alma de hombre ha contemplado en otro tiempo la verdad; pero el recordarla no es para todos, ó porque la vieron breve tiempo, ó porque, al descender, fueron infortunados y perdieron la memoria de las cosas sagradas. Pocos quedan que las recuerden; pero cuando ven aquí algún simulacro de ellas, salen de su seso, y ellos mismos no se dan cuenta de la razón, ni atinan con el género, sino que aciertan solamente á vislumbrar entre oscuras nubes aquella nítida hermosura que en otro tiempo vieron al lado de Jove y de los otros dioses, contemplando, cercadas de luz purísima, las *íntegras, sencillas, inmóviles y bienaventuradas ideas*. Entonces estábamos puros y no ligados, como la ostra, á esto que llamamos cuerpo.

Es privilegio de la hermosura el ser percibida por la vista: no así de la ciencia, que excitaría ardentísimos amores, si cara á cara la contemplásemos. Quien no está iniciado en estos misterios, vase, como un cuadrúpedo, tras del deleite; pero quien está iniciado y ha contemplado las ideas en otro tiempo, en viendo un cuerpo hermoso, siente al principio una especie de terror sagrado, luego le contempla más, y le venera como un dios, y

si no temiera ser tenido por loco, levantaría á su amor una estatua. Experimenta amor y ardor insólitos, y bebiendo por los ojos el influjo de la belleza, comienzan á brotarle las alas, y siente extraño prurito y dolor, como los niños en las encías, cuando empiezan á brotarles los dientes....

El un caballo de los que tiran el carro del alma es alto, bien dispuesto de miembros, erguida la cabeza, ancha la nariz, blanca la color, negros los ojos: es codicioso de honor, amigo de la *sophrosyne* y de la opinión recta, dócil á la razón y al dictamen prudente. El otro es torcido, confuso y mal dispuesto, dura la cerviz, breve el cuello, aplastada la nariz, fosca la color, sanguinolentos los ojos: es súbdito de la petulancia y de la terquedad: hirsutas y sordas son sus orejas: apenas obedece al látigo ni á la espuela. Cuando el auriga ve un objeto hermoso, el uno de los corceles quiere arrojarle á él para disfrutarle, aquejado por el deseo bestial; pero el otro, contenido por la templanza, reprime su furia, y da tiempo á que el auriga medite y traiga á la memoria la naturaleza de la hermosura, y la vea inseparable de la templanza, y asentada en casto fundamento, por donde le inspira temor y reverencia. Y á este sagrado embebecimiento se aplica aquel antiguo mito de los hombres convertidos en cigarras, sin comer ni beber, absortos en el canto de las Musas.

La segunda parte del diálogo, más enlazada con la primera por el pensamiento del autor que por sus palabras expresas, trata de la Retórica. Só-

crates manifiesta su acostumbrado desprecio á los logógrafos y sofistas, pero no condena en absoluto el arte de escribir, y trata de averiguar en qué consiste su perfección. Recuerda Fedro la sentencia de algunos, que afirman no ser materia del orador lo justo, sino lo que parece tal á la multitud. Pero ¿cuál será el fruto de tal oración? Ni esa Retórica será arte, sino cierta práctica ó empirismo sin arte. Ni se limita la Retórica á los juicios ni á las arengas, sino que se dilata mucho más, y alcanza toda la vida humana. La semejanza ó desemejanza entre las cosas, principal base del arte retórico, sólo la conocerá quien penetre la verdad de la cosa misma, no quien se deje guiar por la opinión. Para no tropezar en las ambigüedades en que tropieza la multitud, es necesario saber definir y conocer los caracteres de cada especie y de cada género. Ha de ser el discurso como un animal que no carezca ni de pies ni de cabeza, y tenga medios y extremidades, correspondientes al todo, y correspondientes entre sí. Dos especies hay de oratoria: unas veces el orador refiere á una idea los miembros esparcidos; otras veces, apoderándose de la idea general, la divide en sus especies. *Ver lo mucho y lo uno* es el ejercicio propio del dialéctico (análisis y síntesis).

Desde tal altura, natural es que Sócrates desdén los libros del arte de decir, compuestos por los Trasímacos, Teodoros, Lysias y Gorgias, con la doctrina del exordio, el orden de las pruebas, y los *schemas* retóricos, que hacen parecer gran-